

Kala

La noche era caliente y seca, Kala deseaba que sus piernas fueran más fuertes y rápidas. Mientras corría entre los arbustos y los árboles, la luz de la luna la cegaba, el sonido de sus pies quebrando las hojas secas y su propia respiración la confundían. Kala corría por su vida preguntándose cómo en un día como cualquier otro, su vida acabó.

En esa mañana el sol anunciaba desde temprano el comienzo de las labores de la Tribu Saan. Alrededor de la aldea las personas realizaban sus tareas de manera eficiente; algunos partían para recolectar tubérculos, bayas e insectos; mientras otros se destinaban a cazar.

“Kala ve con Otjkaru a conseguir agua” le dijo su madre, “toma” mientras le daba dos piernas de avestruz. Kala había visto toda su vida a sus padres detectar el lugar de tierra húmeda perfecta para escavar, pelar un tallo cóncavo de pasto y usarlo para succionar el agua hacia las piernas vacías de avestruz usadas como recipiente. “Déjame a mí hermano” dijo Kala decidida “ya tengo catorce años, es hora que aprenda”. Su hermano retrocedió y le dijo “Está bien pequeña hermana, sólo asegúrate que el agua no sepa a tu aliento de termita”.

Después de entregar el agua a su madre, Kala se acercó a un anciano que se encontraba sentado cerca de un árbol de mirra, tallando delgadas flechas, a su costado se encontraban varios capullos de escarabajo. “La’á son ya tres veranos que me enseñas a usar el arco, ¿cuándo podré aprender a extraer el veneno de los escarabajos?” preguntó impaciente Kala “sin veneno no puedo cazar nada más grande que un suricato” agregó.

Su maestro abrió uno de los capullos y del interior sacó una larva dorada, y con las yemas de sus dedos empezó a exprimirla sobre una de las flechas. “Primera lección,” le dijo “nunca coloques el veneno en la punta de la flecha, si el cazador llega a herirse con la flecha inevitablemente morirá.” Concluyó. “Mañana continuaremos, ahora ve y caza”.

Al regresar Kala notó que los mayores de la tribu estaban reunidos cerca del fuego; en el centro se encontraba un desconocido, algo muy inusual para la comunidad Saan. Cualquier extraño era recibido con la mayor curiosidad e interés.

Se trataba de un joven de la tribu Herero; venía a reclutar guerreros para la resistencia de la ocupación Alemana. “El demonio blanco ha asesinado a nuestros hermanos, nos quitaron nuestras tierras, nuestros hijos y nuestros animales,” decía mientras el

anochecer hacia que el fuego jugara en su cara “roban a nuestros hijos e hijas y los convierten en esclavos que trabajan hasta la muerte. Llenan barcos gigantes con colmillos de elefantes y personas en cadenas.”

Kala y los jóvenes esperaban impacientes la respuesta de los mayores. Una anciana se levantó y dijo “En los Saan no existen jefes, hemos llegado en consenso a una decisión: no forzamos a nuestros hermanos y hermanas a pelear. Si alguien decide unirse a su causa será por voluntad propia. Los esperaremos como héroes. ” Todos recorrían el círculo con los ojos, expectantes de ver quiénes serían voluntarios.

Un joven se levantó y nervioso dijo “Los Saan somos el pueblo más pequeño en número y tamaño de esta tierra, pedirnos pelear es pedirnos morir” el guerrero se puso de pie, sobrepasaba al joven por más de una cabeza “nuestro destino ya está sellado, si no actuamos moriremos de todas formas.” El Herero empezó a caminar fuera del círculo cuando un joven lo detuvo “yo pelearé contigo” dijo. “¡No!” pensó Kala, era Otjkaru. Un sentimiento que nunca había sentido empezó a crecer en su estómago; un nudo que parecía sólo soltarse con lágrimas crecía cada vez más en su garganta. Tres hombres y dos mujeres más se unieron al Herero. Partirían por la mañana.

El sonido ahogado de un grito despertó a Kala y a su familia. Salieron de su choza y lo que vieron los estremeció. Monstruos encima de caballos, con armas que escupían fuego. El padre de Kala la cogió del brazo pero ella estaba inmóvil, su cuerpo no respondía. Él la cargó en su hombro y empezó a correr detrás de su madre y su hermano.

Un trueno y luego oscuridad, Kala estaba en el piso con un dolor agudo en la cabeza y el peso de un cuerpo que no la dejaba respirar. Desesperada logró escabullirse del cuerpo y arrodillada intentó arrastrarlo hacia los arbustos pero era inútil, no tenía fuerza. Un hombre blanco se acercaba, Kala cogió el arco, las flechas y un pequeño bolso que su padre cargaba y corrió hacia los árboles.

Kala corría sin parar dejando atrás el sonido de la masacre; escuchó un ruido y en un segundo sintió como su cuerpo se golpeaba con fuerza contra otro. Se había encontrado con el Herero. “Haz silencio y sigue corriendo” le dijo. Durante la siguiente hora no pararon hasta no saber donde se encontraban. “Creo que ya estamos a salvo. Podemos descansar, busquemos un refugio” Kala asintió sin decir una palabra.

Descansaron la noche, Kala se despertó con el olor a comida caliente, por un segundo había olvidado todo. Abrió los ojos y vio al Herero cocinando lo que parecía un antílope. “¿Tienes hambre? Me llamo Kudu.” “Mi nombre es Kala” asintió y empezaron a comer en silencio.

Al terminar Kala preguntó “¿Sabes dónde estamos? ¿A dónde iremos?” “No sé donde estamos, pero se a donde podemos ir” continuó “Existe una fortaleza de cientos de años al sur de Namibia llamada Khoekhoegowab, dicen que es un refugio y centro de la rebelión, la leyenda cuenta que sus paredes impenetrables llegan hasta el cielo” Kala sólo esperaba que su madre y hermano escuchen sobre este lugar también. “Si viajamos de noche podemos ocultarnos y yo puedo guiarnos con las estrellas, es tradición nómada” le respondió ella.

Kudu recogió una rama y empezó a dibujar en la arena la ubicación de la fortaleza, cerca de Warmbad según la leyenda. Ese día esperaron a que anocheciera y empezaron su camino. Kala anhelaba encontrar a su familia y Kudu un ejército al cual unirse.

Durante el viaje Kudu y Kala se volvieron cercanos, compartiendo sobre las tradiciones y conocimientos de sus pueblos, y sus familias. Una tarde mientras se preparaban para el atardecer el sonido de caballos a la lejanía los sorprendió, el mismo sonido que hizo el suelo temblar aquella noche. Treparon a un árbol y los veían venir a unos pocos kilómetros, tres caballos que arrastraban una carreta con esclavos encadenados.

Kala sin pensarlo abrió el bolso que había tomado de su padre y sacó unos capullos “¿qué haces?” concentrada y sin contestarle empezó a exprimir las larvas doradas sobre las flechas. Cogiendo un puñado de capullos le preguntó “¿Tienes alguna herida en tus manos?” “No, ¿qué está pasando?” “Toma, haz lo mismo que yo, no hay tiempo, y haz lo que hazas, no te cortes”. En un par de minutos lograron envenenar cinco flechas.

Mientras se acercaban los soldados alemanes el corazón de Kala latía más y más rápido. Cogió el arco que su padre talló, lo podía sentir con ella diciéndole “respira lentamente, siente el viento, siente tus latidos, anticipa el movimiento y suéltala” en una fracción de segundo sus dedos soltaron la primera flecha, inmediatamente el primer jinete cayó, antes de eso Kala ya había disparado la segunda y la tercera.

Bajaron del árbol y corrieron hacia los caballos. Debajo de la nube de arena y tierra seca que se había levantado, estaban todos bien. Buscaron entre los cuerpos alemanes las llaves y liberaron a los prisioneros.

“Estamos en el camino hacia la Isla de la Muerte, llevan ahí a los esclavos que no han fallecido de cansancio construyendo las rieles del tren” dijo un joven con labios reventados y sin musculatura. Kala y Kudu habían caminado por veinte días y se encontraban cerca del campo de concentración Isla Tiburón, o isla de la Muerte como la conocían los Hereros.

Los alimentaron, escucharon sus historias de terror y tortura hasta que anocheció. Decidieron que era peligroso quedarse más tiempo en el paso de los soldados, en especial sin armas para defenderse. A pesar de que recogieron las pistolas caídas, no sabían usarlas. Amarraron de nuevo a los caballos y subieron todos al carrito partiendo en pos de la leyenda. Kala se había dado cuenta que si Khoekhoegowab era real, llegar y estar a salvo no era suficiente. Su pueblo la necesitaba.

Después de cabalgar torpemente toda la noche, en el amanecer un olor nuevo despertó a Kala; un aroma salado y dulce, una brisa alegre le rosó la piel pegada a los huesos. Alzó la mirada y por un segundo olvidó donde estaba, olvidó a los alemanes, recordó a su familia y la sonrisa de Kudu. El mar plateado y esmeralda. Aves volando y el viento corriendo. El camino recién comenzaba.

M. Black